



Es esta una novela hecha, más que de presente, de porvenir, hay en ella una constante insinuación de la esperanza en un mundo mejor.

Tiene razón George Pendle cuando afirma que las ideas del día se reflejan necesariamente en toda novela y que, en algunas, se popularizan las preocupaciones del mañana.

Fabián Dobles así lo piensa. En las obras suyas se ahondan las tendencias de un hoy ya caduco. En ellas, desea darle patente de corso popular a los anhelos de un futuro que le parece mejor en todo sentido.

Las angustias del presente evocan el anhelo de una solución que haga desaparecer las obsesiones de cada instante.

La araña verde que entusiasma al pequeño Chepe, uno de los protagonistas de la novela que estudio, represente, a mi juicio, la constante evasión de la realidad que todo ser humano realiza en el mundo de las imágenes, de los símbolos, de las transferencias.

No hay, para Chepe, sino ferocidad en la tierra, desdén en las almas, indiferencias en los cielos. En lo hondo de su espíritu, ya desenvuelto a costa de tanto dolor, transforma esa despreocupación en el interés sin límites que dedica a un ser desvalido a una araña de color de esperanza. Y la esperanza llena del alma infinita de aquel diminuto personaje.

Una viuda, María Rodríguez, con sus seis pequeños hijos, abandona el campo, y, en la ciudad, busca lo que ella misma no sabe. Es la perfecta despersonalización del campesino que se disuelve en los tugurios desconocidos de la capital hambrienta.

Llega mascullando con esperanza la oración íntima de los corazones que creen. Repite si descanso el "¡Dios verá!" que, a

la manera del "¡Sésamo, ábrete!", ha de salvarla de la sedienta nostalgia en la que, una viudez desesperada, la ha hundido.

Para ella, también, existe una araña verde. Espera en la existencia de los pobres que se juntan a los pobres para defenderse de las injusticias de todos los momentos. Su inteligencia, campesinamente buena, así lo cree, así lo anhela.

Hay, en esta novela de interés creciente, otro ilusionado. Un hombre manso, vencido por el embrujo de una mujer hermosa y taimada. Para Juan Bautista, el carnicero, no existe sino un anhelo insaciable, nostálgico también. Desea contemplar, reproducida en un hijo, su alma de generosidad sin límites. Por ver realizada esa esperanza ofrece todo cuanto está en sus manos pro- meter: una casa, una posición, hasta el matrimonio, si es necesario. Todo por un hijo.

El mal, hecho persona en una mujer sin escrúpulos, en una hija de la celestina de tristes andanzas, se propone satisfacer los justos anhelos de Juan Bautista. Como hábil enredador, busca una aliada Poderosa en la miseria de María. Le propone bienestar Para ella para las seis hambres abiertas de sus hijos. Basta que, al dar a luz el último de los retoños que el marimbero amado le dejó, antes de morir, lo entregue con el objeto de hacerlo pasar por hijo de los amores de Juan Bautista con Teresa, la mujer hermosa, tan mala cuanto hermosa.

Se realiza el trueque. El torbellino de la murmuración acusa a María de haber hecho morir al pequeñuelo. ¡Son, sin duda, aquellos los pobres que ayudan a los pobres a defenderse de las tristezas múltiples de la vida!

Emocionante la angustia de Chepe, el dueño de la araña verde, al no encontrar en su tugurio al recién nacido, al escuchar los ahogados sollozos de la madre mártir. Hay incertidumbre, profunda zozobra en el alma de aquel chiquillo de doce años. El veneno del vecindario no lo convence. Seguro está de la bondad de su madre. ¡Eso la basta!

La fe en la virtud materna lo lleva hasta donde tiene que pegar. Logra que se desate aquel nudo de traición que quiso ahogar la araña verde de su confianza sin límites.

Juan Bautista, desengañado, ve algo suyo en aquel chiquillo que iba a hacer pasar como hijo de sus amores con Teresa. ¡Ese niño es mío también! -exclama el buen hombre. Es suyo sin duda alguna: por las ilusiones que su próxima llegada hizo nacer. Por las esperanzas que aquel pequeño despertó en su alma ruda y tierna a un tiempo mismo.

La novela en lo dice; sin embargo, es de creer que han de unirse, en un futuro no lejano, los reflejos de las dos tormentas interiores, la de María Rodríguez y la de Juan Bautista Valerio.

Ellos dos y el simpático Chepe han de seguir con cariño los movimientos sin descanso de la propia araña verde que, día tras día, ha de tejer ilusiones. Estas, a su vez, se irán incorporando en belleza, en bondad, en justicia.

La novela está escrita con ese hondo amor que Dobles pone en todo lo suyo, a la vida, que parece dura, tiesa, tozuda como mimbre de campo, sabe darle elasticidad, inesperadas que la hacen deliciosamente amable. Así dan dulzura sinfín las profundas filosofías que, en esta y en aquella página, van derramando el recuerdo inolvidable de Anselmo, el inquieto tocador de marimba que murió allá lejos, en el Barrio Jesús, sin dejar a sus hijos, otra cosa que una tonada, una canción de esperanza.